

EL TENIS: REFUGIO, ESPERANZA Y FRACASO

El tenis es tal vez el deporte donde el individualismo se hace más evidente, obligando a una competencia alienante y feroz. De las consecuencias en el organismo de los jugadores, habla esta nota.

Omar Genovese

Escritor, crítico literario y editor. Publicó la novela *Norep* (2010) y compiló el libro *Los Archivos de Nación Apache* (2010), blog cultural. Desde hace 7 años colabora con el suplemento *Cultura* del diario Perfil. Ha publicado artículos y ensayos en revista *Crisis*, *Replicante* (México) y *Crónica Uno* (Venezuela).

Tengo borrosos recuerdos de cuando pisé una cancha de tenis por primera vez. El que más se impone es el de la inmensidad de sus límites, lo lejos que pasaba la pelota, lo difícil de llegar a ella para impactar con la raqueta. Tenía 7 años. Mi madre me llevó al *Country Club* de Banfield, a la fuerza, a tomar clases. Quería que no frecuentara la calle, parece que era un pichón rebelde y peligroso. Cosa que sostuvo durante toda mi escolaridad, por pura costumbre. La cuestión es que le tomé el gusto y, poco a poco, llegué a formar parte del primer equipo de interclubes de esa institución, categoría cadetes. Jugaba dobles con “El sueco”, hijo de un diplomático argentino, nacido allá, y más vago que yo. Perdimos como los mejores, pero viajamos a muchos clubes, sufrimos en carne propia la diferencia técnica de un deporte que tenía a Vilas como máximo ídolo y a una gran masa en la ignorancia tribunera. El tenis era caro, muy caro para una familia trabajadora, incluso de clase media. Hoy se repite esa máxima.

A los 18 ingresé a la universidad y dejé de jugar. Con el servicio militar pendiente, en 1980 caí en manos del Ejército Argentino por desistir de la Química, y volví a los courts de una manera profesional: por cada clase de tenis que le daba a un oficial me salvaba de hacer guardia toda la noche. Tenis o no dormir. Eso es poner ganas en el deporte. Pero la vida da revancha, y el salto temporal me devuelve a 2004 (sepan disculpar semejante elipsis, pero mi vida no es una aventura repleta de emociones a nivel cinematográfico).



Vuelto a la vida deportiva por puras ganas, ya con 7 años jugando el circuito de veteranos de la Asociación Argentina de Tenis, con un grupo de amigos (dos adolescentes y un veterano como yo) nos inscribimos en el curso de la magna institución, para egresar como Profesor Nacional de Tenis. Luego de eso y al año siguiente: curso de Entrenador Nacional, un gran peldaño por encima. Durante diez años enseñé tenis. Incluso entrené jugadores con alguna intención para la competencia. Pero mi intención va más allá de transmitir qué es lo importante de este deporte sino tratar de aclarar algunas zonas oscuras, difíciles, que hacen a cierto aspecto salvaje que las marcas que sustentan al profesionalismo tratan de ocultar.

Las escuelitas de tenis dividen a los niños por edad. Luego de los primeros pasos en que los alumnos coordinan movimientos y logran dominar la dirección de sus golpes, ocurre la división por capacidad deportiva. De un lado los buenos, del otro el montón.

La infancia perdida

Las escuelitas de tenis dividen a los niños por edad. Luego de los primeros pasos en que los alumnos coordinan movimientos y logran dominar la dirección de sus golpes, ocurre la división por capacidad deportiva. De un lado los buenos, del otro el montón. Así de simple, aunque profesores, entrenadores, padres, hermanos, tías y referentes del deporte traten de disimular con eufemismos. El grupo selecto debe competir entre sí, competir representando al club donde se forman y, cuando alguno de ellos muestra aptitudes para ganar, el grupo familiar debe tomar una decisión: el tenis o la educación. Claramente es la posibilidad de lo profesional o el saber, vale decir, educarse con menor calidad (rindiendo de manera libre las materias) o abandonar la escuela.

El proyecto de jugador debe viajar para jugar en todos

los torneos posibles. Primero en el país, luego en los países limítrofes, y así calificar en el ranking nacional, sudamericano, y por qué no, internacional. Esto prepara al niño (lo sigue siendo, todo el tiempo) para el rigor del profesionalismo. Lo introduce en el universo donde existe la responsabilidad de jugar contra todo y todos, dentro y fuera de la cancha. Incluso, contra su propio entorno familiar. Hace unos años, la ITF (institución reglamentaria del tenis a nivel mundial) deslizó una estadística cruel: de cada 1000 niños-adolescentes que juegan para ingresar al circuito profesional, solo uno puede llegar a top-ten. Así de cruel es la selección, a partir de factores de riesgo de distinta índole: que el niño no se enferme ni lesione, que su entorno disponga de dinero (o sponsors) para desarrollar su entrenamiento (hoy en día debe disponer de entrenador, preparador físico, médico nutricionista, peloteador, ropa, zapatillas, raquetas, recordados, psicólogo) y financiar sus viajes, que también disponga de la contención social necesaria (se lo separa de sus pares, desarrolla su organismo de manera sexual, lo que produce un conflicto hormonal con la disciplina deportiva). Esto último se expresa en el crecimiento desproporcionado, conflictos de autoestima, ansiedad y falta de concentración. Y es el gran fantasma de los entrenadores: puede que el adolescente salga de ese centro de escena deportiva para dedicarse a ser lo que es y perder el tiempo, como sería el caso de enamorarse...

Y luego el estrés. El estrés de la competencia y el estrés de la soledad. Al alejamiento de la relación social sigue la responsabilidad, la carga, por la cual el jugador sabe que todo está en función de sus resultados. Como en el tenis no existe el empate, el ganador es eso, ganador. La red separa del otro, sin contacto físico, generando pura competencia por aprovechar cada circunstancia en el propio beneficio. Esta disociación extrema trae al escenario un fantasma recurrente, la frustración. Ejemplo de ella, por encima de todo éxito, y como recordatorio de tanto sacrificio, está el grito de Gastón Gaudio: "qué mal que la estoy pasando". La frustración ante la derrota lleva al jugador a un duro aprendizaje sobre el propio error, el exceso de expectativa en su rendimiento, así como al concepto de límite humano.

Es algo por encima del error, y aquí podemos pensar en cierta lógica pueril en torno a la autoayuda, pero equivocarse es el escenario más recurrente del tenis: no solo es errar un golpe decisivo, también es equivocarse en la estrategia, la táctica, el desgaste físico en la competencia. Y este estrés tiene secuelas imprevistas.

Por ejemplo, hoy conocemos que André Agassi, ya de joven, jugaba con extensiones de pelo, pues era calvo. La tensión de la exigencia lo dejó sin pelo, lo marcó por siempre.

Más allá del límite

Por razones climáticas, la pretemporada de los tenistas se hace en verano. Esa preparación lleva al límite la resistencia: si el deportista sufre una descompensación por el exceso de calor, vomita en el fondo de la cancha, se hidrata y vuelve a entrenar.

La resistencia es importante: en un torneo todo puede ocurrir y el que abandona, pierde. Pero hablamos de profesionales, aquellos que dejaron atrás esa infancia exigente, donde hacia su final aparece la medicina deportiva con el acallado cóctel de suplementos para el desarrollo y crecimiento.

Si el proyecto de jugador no tiene el físico necesario para competir, aparece el suplemento químico. Aquél que supo observar a los tenistas argentinos recordará los notables cambios entre los 17 y 18 años.

De lucir alfeñique pasa a la contextura de un boxeador, y eso no ocurre comiendo asado ni corriendo gallinas, menos aún en el gimnasio. Tal situación está generalizada en todo el mundo. Nadal también es un ejemplo de ello, la dimensión muscular escaló tanto que (y ahí las consecuencias indebidas) sus coyunturas articulares sufren semejante carga, vale decir, duelen sus rodillas, tobillos, cadera. Pero el dolor es un accesorio. Y si no duele, dice el refrán, no es tenis.

La técnica y la medicina avanzaron junto con la tecnología. Hace 20 años el tenis dejó de ser un deporte “blanco”, o de elite, porque los nuevos materiales de las raquetas abarataron el costo y aumentaron la velocidad del juego. También revolucionó al juego mismo: el jugador dejó “el estilo pulcro y tradicional” por la necesidad de meter la pelota en la cancha a más velocidad, potencia y desde ángulos insólitos. Nadal puede ser la síntesis y Federer su antítesis, como una lucha entre dos formas de ganar.

Pero como dos casos extremos también confrontan sus variantes. Del Potro con sus casi dos metros, físico de basquetbolista, terrible palanca para pegar de derecha, representa a cierta generación de gigantes que antes era imposible en el single, pero sí en el dobles.

Pero hoy, contradiciendo tal mito instantáneo (el deporte tiene eso de instalar verdades de corta duración), Diego Schwartzman (1,70 m, 64 kg) avanza en el ranking derrotando a jugadores de mayor talla y potencia.

La velocidad y la estrategia también triunfan, esta vez de la mano de un *coach*: Juan Ignacio Chela, ex jugador que supo representar a esos flacos, altos y de mucha potencia.

Pero a no engañarse. La pirámide del éxito sigue siendo tan empinada, como siempre. El tema es el gran tendal de ex jugadores que quedan en el camino, los

frustrados, o aquellos que pasan a alimentar la máquina de formar jugadores como entrenadores, peloteadores o formadores de niños.

Esa gran nube se retroalimenta todo el tiempo, tal vez comparable con la “picadora de carne” que alguna vez me refirió cierto vicepresidente de Vélez Sarsfield. “Somos una máquina de vender jugadores, la única forma de mantener al club”.

Aparece la medicina deportiva con el acallado cóctel de suplementos para el desarrollo y crecimiento. Si el proyecto de jugador no tiene el físico necesario para competir, aparece el suplemento químico.

Pese a todo, nada mejor que pensar el tenis como la posibilidad de un deporte para toda la vida. No siempre hay que ganar, tampoco desafiar al otro para obtener ventaja, el tenis tiene una ventaja que es su complejidad, variantes, dificultades. Tal vez en un partido no se pueda triunfar pero sí realizar jugadas donde se domina la técnica y la inteligencia.

El tenis es una habilidad, lúdica, reconfortante y llena de frustraciones. La mejor forma de practicarlo es pensando en el propio rendimiento, en el constante aprendizaje, en la superación de los propios límites. Pero digo jugarlo.

Esa elite que sirve de ejemplo, como referencia para la admiración, no es el destino de la mayoría de los jugadores. Tal limbo es falso, genera expectativas en exceso, cuando la práctica de este deporte debe sustentar la mejora continua del estado físico y la propia técnica.

Como medida sanitaria, practicar tenis, que un hijo lo haga, debe estar por fuera de toda presión. Lo importante es preservar al sujeto para que pueda seguir su existencia sin una carga negativa. Ser tenista no es ser lo mejor, sino aquello que uno quiere ser, una mera elección más en la vida. ■